Número 2°: Resistencia

TRADITORI
Literatura . Dramaturgia . Género

CRÓNICA

El espejo refleja un monstruo

The mirror reflects a monster

Artista: Christoph Jamnitzer (1610)

ISSN: 3100-9433 | Número 2 | Resistencia |Julio-noviembre

Ethan Samuel Linares

Colombia, 2006. Tiene 19 años y estudia enfermería. Apasionado por los temas LGBTQ+, escribe como quien respira: con emoción, con rabia, con amor. Para él, cada palabra es un acto pequeño de política y rebelión. Su escritura es refugio, espejo y grito a la vez.

CC BY NC ND

Recibido: 03/08/2025
Aceptado: 10/10/2025

No hay libertad más frágil que la de quien necesita justificar su existencia frente a otros. Desde muy joven, entendí que vivir mi identidad no iba a ser sencillo, y mucho menos dentro de un sistema que no fue construido para personas como yo. Hubo un momento, difícil de precisar, en el que algo empezó a doler sin que yo supiera por qué. Supongo que siempre estuvo ahí, en la sensación de "bicho raro", donde sentía que nadie entendía por qué actuaba y me sentía así. Ni siquiera yo entendía qué me sucedía, por qué rechazaba aquello que se supone iba conmigo al nacer, nunca tuve palabras para describir la sensación, pero la mayoría del tiempo sabía que algo no encajaba conmigo. Siempre evité lo que, se supone, significaba la feminidad en ese momento. Nunca me gustó el pelo largo o las muñecas, tampoco disfrutaba de estar con las niñas… Nunca pude hablar con mis compañeras porque ellas siempre desearon ser princesas, pero yo jamás deseé ser una mujer linda con vestido. Yo siempre soñé ser como los caballeros con armadura o como Spiderman, ese hombre fuerte que cuidaba a los que amaba.

Toda la vida viví con esa sensación de estar encerrado en un cadáver que nunca sentí que fuera mío, un cadáver ajeno en el que jamás supe cómo sentirme bien. Es esa sensación de vivir atrapado en una jaula que no te deja ser quien eres o sentirte libre. Era sentirse ahogado… lo cual era desesperante, porque todos avanzaban conscientes de sus cuerpos y satisfechos, mientras que yo solo deseaba arrancarme cada centímetro de piel tratando de llegar a una capa donde pudiera sentir que era yo por fin. Si lo hubiera hecho, probablemente

habría llegado a la última capa de tejido, esa que va antes de llegar a los órganos vitales.

Durante años crecí como una de esas "mujeres marimachas", al menos así me llamaban en un intento de insultarme y de tratar de hacerme cambiar. Era aquella persona que se veía masculina y rechazaba hasta la gota más pequeña de feminidad porque, en el fondo, quería olvidar el hecho de que nunca se sintió como una mujer. Para una persona que creció en una casa católica y tradicional, la idea de ser trans jamás cruza por su mente, lo sé porque jamás cruzó la mía. Siempre quise pensar que fue una etapa… Llegué a un punto donde me forcé a mí mismo a maquillarme, usar vestidos y llevar cada cosa que entraba en el estereotipo de ser una mujer bonita; sintiéndome cada vez peor porque nunca sentí que pudiera verme al espejo y pensar que realmente era quien veía allí. Era horrible saber que nunca me reconocí al ver mi reflejo. Era doloroso. Era desolador. Era ajeno.